

# La tipificación contemporánea del espacio mediterráneo: Una mirada geopolítica y estratégica

*Fernando López Mora\**  
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

## Resumen:

En el capítulo se desarrollan las claves que explican la emergencia política del espacio mediterráneo desde la perspectiva contemporaneísta, así como sus mitos culturales y protagonismos. Los aspectos relacionados con la polemología de la región tomarán significación particular en dicho contexto, tanto los referidos a los llamados conflictos tradicionales cuanto a los de más reciente perfil. Zona particularmente expuesta a influencias e intereses múltiples, otros aspectos a considerar se refieren a las nuevas dinámicas de seguridad y a las estrenadas emergencias de los movimientos migratorios. Esta aproximación presta atención particular a la significación de la mirada española.

## Palabras clave:

Historia Contemporánea, Relaciones Exteriores, Países mediterráneos, Crisis internacionales en el Mediterráneo, Historia del Mundo Actual.

## The contemporary typification of the Mediterranean space: A geopolitical and strategic view

### Abstract:

The chapter develops the keys that explain the political emergence of the Mediterranean space from the contemporary perspective as well as its cultural myths and protagonisms. The aspects related to the polemology of the region will take particular significance in this context, both those referred to the so-called traditional conflicts and those of more recent profile. That area is particularly exposed to multiple influences and interests, other aspects to consider refer to the new security dynamics and the emergent emergencies of migratory movements. This approach pays special attention to the significance of the Spanish gaze.

### Key words:

Contemporary History, International Relations, Mediterranean Countries.

## 1. INTRODUCCIÓN

La conceptualización del Mediterráneo se ha venido convirtiendo en argumento de discusión y de debate internacional. Intelectuales, políticos y diplomáticos rivalizan en planteamientos y en presentaciones culturalistas marcando precisamente la importancia de esta unidad geográfica, impar en el mundo, que es el *Mare Nostrum*. A la sazón, el área personaliza ciertamente un pasado rico y plurisecular que progresivamente ha generado el mito de una zona de creatividad mayor, forjando un territorio de intercambios y encuentros, de diálogos y mestizajes. Y así, en ocasiones mezclando lo real y lo imaginario, la región suele presentarse como entidad. El Mediterráneo sería, de acuerdo a este tipo de representaciones, el encuentro íntimo de la historia y la geografía, una suerte de identificación entre espacio, memoria y proyección de futuro<sup>1</sup>.

También constituye un área de desafíos y riesgos internacionales.

Por todas sus diferenciaciones de orden demográfico, socioeconómicas, políticas y culturales, y en un contexto internacional tan agitado en el marco de la historia actual, el Mediterráneo inquieta a doble título. Por un lado, la propia densidad de tensiones y fragilidades condiciona la existencia de cierto sentimiento de inestabilidad permanente. Por otro, nadie puede ignorar que este mismo lugar suma importante número de problemáticas peraltadas en el nuevo contexto geoestratégico internacional y, asimismo, por las originales amenazas terroristas derivadas del neosalafismo yihadista global. Tal vez por todo lo anterior se comenta tanto en España como en Occidente que leer el Mediterráneo constituye una lectura general del mundo en el que vivimos. Con todo lo que está en juego: el peso del pasado, la

Recibido: 17-VIII-2017. Aceptado: 26-X-2017.

\* Catedrático de Historia Contemporánea. Dirección para correspondencia: hi1lomof@uco.es

<sup>1</sup> Ciertas reflexiones del marco introductorio y del contexto histórico del artículo ya fueron aportadas por nosotros en investigación previa. Cfr. LÓPEZ MORA, F., «España, Europa y el espacio mediterráneo: relaciones históricas contemporáneas y claves políticas», en LÓPEZ MORA, F. (ed.), *Un mar de culturas. Sicilia, Andalucía y el Mediterráneo*, Córdoba, 2011, pp. 149-157.

significación de los nuevos retos, desigualdades e incertidumbres; pero también de cualesquiera de las grandes esperanzas. Mar, así pues, cristizador de los problemas contemporáneos, el Mediterráneo preocupa invariablemente.

La importancia geopolítica del Mediterráneo resulta ciertamente secular. Fue cuna de civilizaciones, pero del mismo modo teatro principal de la Guerra Fría hasta hace apenas unas décadas. Lejos de invertir la tendencia en periodos recientes, más bien tiende a acrecentarse su importancia sobre la propia escena mundial. El extraordinario mosaico de las claves que están en juego y los retos que presenta el Mediterráneo privativamente para Europa compondrán así mismo en el futuro factores multiplicadores de su consideración. Añorado y temido a la vez, allegando o fraccionando, sempiterno e inestable, el Mediterráneo prorroga sus contrasentidos.

Resulta frecuente advertir que, precisamente fijándose en tales argumentos, los diversos analistas se apresten a construir definiciones más o menos precisas de lo que caracteriza hoy al Mediterráneo. Si la mayor parte reafirman su plena identificación, no faltan, a la inversa, quienes sostienen la idea que esboza un área política de suyo inexistente o ilusoria, persuadidos -estos últimos- de que las diversas culturas de la cuenca colisionan. Y difieren inevitablemente... Paradójico Mediterráneo pues. Asimismo turbador, puesto que la zona no cesa de animar los colindados debates estratégicos, precisamente cuando las especulaciones sobre la evolución de su prospectiva se vuelven más recurrentes en torno a la omnipresencia y relevancia del campo de la seguridad, según la representación más genuinamente europea y occidental.

Empero ciertamente marcado por su heterogeneidad demográfica, cultural y económica, la cuenca mediterránea ofrece a la vez referencias de todo porte, también culturales e historicistas, consistentes y generadoras de cierto ideal común. A pesar de las innumerables fracturas que lo caracterizan, pasarelas y reverdecidos canales de colaboración se vienen prorrogando entre las dos orillas.<sup>2</sup> Negar la interpenetración cultural sobre los diferentes itinerarios particulares sería tan irreflexivo como patrocinar la hipótesis de una deriva de continentes hacia el peor de los apartamientos y la desagregación final. Incluso desde un punto de vista pragmático y en la hora presente, África del Norte tiene tanta necesidad de solidaridades de la rivera norte, por ejemplo, qué interés adquiere la misma Europa

en no pretender acordonarse de su más próximo contexto meridional. De manera que, en conjunto, pensar un Mediterráneo colaborativo y respetuoso exige concebir este lugar no como región opaca, inasimilable o desvanecida sino, muy al contrario, como interfaz. A modo de superficie de contacto siempre dinámica y tangible, capaz de asegurar ciertas ligazones e incluso la puesta en estrecha relación de los territorios que le rodean.

A partir de todos estos presupuestos preliminares y lejos de intentar resolver la problemática historiográfica que dispone la existencia o no de un auténtico espacio identificable como tal, más allá de la propia conceptualización geográfica, nuestra presentación ambiciosa facilitar la comprensión acerca de la contradicción de que se nos presente el Mediterráneo, a la vez, como terreno propicio a la interrelación y como fuente de alteridad, de distingos irremediabilmente asociados a los riesgos y a las amenazas más hiperestésicas.

Transitemos por sus representaciones.

## 2. CLAVES DE UNA REPRESENTACIÓN MEDITERRÁNEA

Íntimo encuentro entre geografía e historia, el análisis del espacio Mediterráneo pasa prioritariamente por el examen de esos dos mismos ingredientes cardinales. Debemos reconocer una situación geográfica más que singular en su perfil y afirmar asimismo el peso formidable de la herencia plurisecular como componentes favorecedores de dialogo y correspondencias. No es este el momento de tratar en detalle la geografía del espacio mediterráneo, pero si recalcaremos su mejor singularidad geopolítica: constituirse en puente de los tres continentes, dado que concurre una convergencia física que condiciona el favorecimiento de los contactos humanos, de los intercambios económicos y de la interdependencia en todos los órdenes a partir del hecho geográfico.<sup>3</sup> Por otro lado, todo el contexto mediterráneo decanta identificaciones preñadas de historia con mayúscula. Cuna de sabidurías tan diversas, Paul Valery lo definió al respecto como *espacio matriz*: «toda una maquina de construir civilizaciones».<sup>4</sup> Si bien, de nuevo paradójicamente, el mismo factor histórico se erigió a las veces en justificador de segmentaciones y recelos mutuos, hasta devenir tal pasado en foco privilegiado de conflictos y erigirse nuestro mar en verdadero paraíso de los más firmes oficiantes de la ciencia polemológica a escala secular.

<sup>2</sup> Tal como suficientemente se abunda en YAKER, L., «Le bassin Méditerranéen: risques d'insécurité et points de convergence», en RIEUTORD, M., y TRIBOT LA SPIÈRE, L (coords.), *Le BASSIN Méditerranéen, un espace en quête de sens?*, París, 2000, pp 45-55.

<sup>3</sup> Sobre la caracterización geográfica cfr. BETHMONT, J., *Géographie de la Méditerranée*, París, 2000; BOME, D. y SCHEIBLING, J., *La Méditerranée*, París, 2002; WACKERMANN, G. (dir.), *Un carrefour mondial: la Méditerranée*, París, 2001; MORINIAUX, V. (dir.), *La Méditerranée*, París, 2001; SANGUIN, A. L. (dir.), *Mare nostrum*, París, 2000.

<sup>4</sup> Cfr. VALERY, P., «La libertad del espíritu», s.l., s.e., 2006. Recuperado de internet <http://www.biblioteca.org.ar/zip22.asp?texto=133576>, consultado el 12-01-2017.

Tales anfibologías conceptuales aparecen reflejadas privativamente en su específico perfil estratégico contemporáneo.

En la gramática diplomática el vocablo Mediterráneo se ha venido asociando usualmente a miradas fragmentarias y también discordantes, muy lejos de un enunciado común en este campo. Nos referimos por ejemplo a aquellos conceptos geopolíticos de suyo mutiladores contruidos antaño por las cancillerías de las grandes potencias europeas para el Mediterráneo sur, del tipo de la expresión «Oriente Medio» -*Middle East*- para los anglosajones o «Próximo-Oriente» -*Proche-Orient*- para la potencia francesa. Ambas, miradas de suyo reduccionistas. O a la propia tradición árabe-musulmana que sobreseñala partes segmentadas en torno a esta realidad de la cuenca. En primer lugar parcelando *Este* y *Oeste* - *Magreb* sería la parte occidental del mundo árabe y *Mashrek* la porción oriental que va de Egipto a, incluso Iraq, conforme es harto conocido-. O bien admitiendo diferenciaciones justificadas por la situación cultural contrastada relativa de las dos orillas: orilla meridional y norteña. La primera de las antemencionadas concerniendo fundamentalmente a la tierra del Islam, «*Dar el Islam*», y sus habitantes a la comunidad de los *creyentes*, mientras que la segunda ubicación se ceñiría parcialmente a «*Dar al-Harb*», al norte de la cuenca con conocidas excepciones a partir de justificaciones de suyo historicistas.

Desde una perspectiva construida ahora a partir de la historia contemporánea, originalmente más que tiempos de convivencia este mar sumó primero proyecciones de dominación. A la sazón, abundaron ambiciones imperiales siempre a partir de una semántica relacionada con la terminología colonial europea, o bien referida ésta última a protectorados y zonas de influencia. De hecho, no es posible hablar del Mediterráneo a escala histórica sin mencionar el significativo periodo colonial, especialmente cuando todo acompasó con la fase del mayor hegemonía europea. Este expansionismo hacia el sur ocupó principalmente –si bien no en exclusividad– a las potencias protagonistas del período historiográfico conocido justamente como *reparto del mundo*: Francia y Gran Bretaña. Si París en nuestro área consiguió un punto de apoyo particular en el norte de África, Londres prefirió desplegar su influencia hacia la parte oriental de la cuenca. En fin, ya es sobradamente significativo que después de la Primera Guerra Mundial Francia y Gran Bretaña compartiesen además los despojos del Imperio Otomano, «enfermo de Europa», a través de los acuerdos secretos de Sykes-Picot pactados durante el año 1916, consolidando, más aún, supremacías previas y predominio político y espacial. Sólo a partir del nuevo ciclo coyuntural generado con la Segunda Guerra Mundial se conocerá la floración de las independencias nacionales y la propia descolonización de la ribera sur mediterránea, período que

se extiende –en general- hasta la década de los años sesenta del siglo XX. La etapa de la Guerra Fría, por otra parte, ilustrará por su parte la interacción dialéctica de las relaciones de poder entre Moscú y Washington, potencias exógenas a la región. De 1947 a 1989 las dos superpotencias fueron conscientes de la importancia geopolítica mediterránea como tránsito del petróleo Medio oriental y, asimismo, como lugar privilegiado de relaciones con el mundo árabe. El Mediterráneo ofreció de hecho una enorme amplificación de las tensiones proyectadas por los dos bloques. La OTAN pronto desarrolló institucionalmente su flanco sur y particularmente los estadounidenses establecieron la *Sexta flota* para contrarrestar, por su parte, a la Armada Soviética -la *Eskadra*-, simbolizando ambos despliegues navales las mejores manifestaciones de poderío en sus influencias respectivas. El Pacto de Bagdad de 1955, la crisis del canal de Suez de 1956, la Doctrina Eisenhower un año más tarde, o la propia instrumentalización de los movimientos de descolonización nacionalista por influencias diplomáticas y estratégicas soviéticas, son sólo algunos de los jalones de la nueva etapa que apenas ahora se refieren. En fin, las huellas dejadas por el período de la Guerra Fría son aún hoy abundantes. La más visible es, probablemente, la persistencia del poder estadounidense en el Mediterráneo, reverdecida desde el comienzo de la década de los 90, y peraltada con posterioridad a partir de las intervenciones del golfo y las posteriores y más recientes de Medio Oriente.<sup>5</sup> También la anclada presencia y protagonismo de la nueva Rusia en la desgarrada Siria y particularmente en su base de Tartus. En todo caso, el hundimiento del bloque del comunismo de Estado marcó al fin la desaparición de las amenazas derivadas de la bipolaridad internacional en el Mediterráneo, así como las rivalidades relacionadas con el Pacto de Varsovia en el continente europeo, aquí desde el punto de vista más genuinamente militar. Tácticamente en el Mediterráneo todo se tradujo en la disipación de un tipo de amenaza de corte masivo, pero asimismo –se referirá con posterioridad en este mismo capítulo- por la expedita eclosión de peligros más difusos, fragmentarios, y finalmente más imprevisibles.

### 3. ACERCA DEL PROTAGONISMO DIPLOMÁTICO

Por lo demás, y ahora a escala de significación diplomática, el Mediterráneo emergió como categoría política relevante gracias a dos procesos generadores de dinámicas interrelacionas. El primero resultó de la identificación del Sur precisamente como zona de especial riesgo para Occidente, y más particularmente para Europa. Las diversas guerras y procesos de independencia primero, el nacionalismo árabe como adversario ideológico y político potencial al *status quo* y luego la emergencia de las amenazas yihadistas sumaron en la modificación profunda de la percepción sobre la zona, ahora proyectada como región

<sup>5</sup> CALLEYA, S. C., «Regional dynamics in the Mediterranean», en CALLEYA, S. C. (ed.), *Regionalism in the post-Cold War world*, Burlington, 2000. pp 115-154; EL MALKI, H. (dir.), *La Méditerranée en question. Conflicts et interdépendances* Paris, 1991.

generadora de nuevas inestabilidades y de desconocidos retos.<sup>6</sup> De hecho la Alianza Atlántica dinamizó más iniciativas en relación al flanco sur desde los años noventa, en parte como contrapeso exigido por Italia, Francia y España ante los mayores esfuerzos desplegados por aquellos mismo años hacia el contexto de los antiguos países de la Europa del Este. Durante el año 1994 y por impulso español el Consejo Atlántico llegaría a aprobar un importante documento estratégico titulado «Recomendaciones sobre la puesta en práctica de un diálogo con países mediterráneos no miembros de la Alianza», que marcaba los horizontes para la cooperación plena mediterránea. Más aún en la cumbre de Madrid del año 1997 se consolidaría tal diálogo al imaginar la dimensión mediterránea ya como componente igualmente mayor de la arquitectura europea de seguridad.

El segundo elemento que marcó novedades en el reaparecimiento del Mediterráneo como demarcación política privilegiada de las relaciones internacionales fue la irrupción de la Europa Unida como actor original. Todo lo anterior en la medida en que Bruselas asomó como protagonista activo del ya por entonces titulado «*problema mediterráneo*».<sup>7</sup>

Las gestiones comunitarias fueron particularmente dispares desde principios de la década de 1990. Entre ellas sobre señalamos la asumida por Francia en 1990, al promover el Foro Mediterráneo o «Proceso 4+5» y que se orientaría particularmente hacia el área más occidental, englobando a los países ribereños -Francia, Italia, España y Portugal, a los que luego se sumaría Malta, desde el lado europeo, y Marruecos, Mauritania, Túnez, Argelia y Libia desde la otra ribera-. La iniciativa se diluiría posteriormente a tenor del colapso de la Unión del Magreb Árabe, los

convulsionados acontecimientos políticos de Argelia y las aplicadas sanciones internacionales a Libia, tras el atentado de Lockerby. La etapa de este proceso de mayores reconocimientos políticos fue incluso previa, a partir de la llamada «Política Mediterránea Global» que ya fue lanzada en los años setenta por la Comunidad Económica Europea y cuya realización más significativa resultó ser la firma en Barcelona -durante el año 1976-, de un Convenio regional para la protección del mar contra las poluciones ribereñas. Pero sobre todo la consagración arribó en noviembre del año 1995 con la celebración de la Conferencia Euro-Mediterránea, asimismo en Barcelona, y que proveyó al Mediterráneo de sus mejores cartas de naturaleza diplomática. Tal acción contó con relativo protagonismo hispano y compuso uno de los frutos más destacados de su reciente historia diplomática, revelando por otra parte la superación de antiguas visiones más reduccionistas de nuestra mirada histórica nacional del Mediterráneo como confín meridional.<sup>8</sup> Todo en conjunto, yendo más allá de las relaciones específicas y bilaterales de la vetusta diplomacia franquista con algunos países árabes, e incluso más allá asimismo de la focalización tradicional en el Magreb de nuestra política exterior más histórica. De hecho, España ocupó una emprendedora acción exterior que ya se había gestado desde los primeros gobiernos democráticos durante la Transición, aunque entonces de una manera embrionaria.<sup>9</sup> De tal forma que puede concluirse que sólo cuando aparecieron mecanismos e instrumentos multilaterales, siempre a partir de la integración de España en las Comunidades Europeas, se apostó por introducir políticas más abarcadoras y afanosas.<sup>10</sup> Contemplando las circunstancias históricas en las que se desarrolló la política exterior española durante las primeras décadas del siglo XX se comprende muy bien por qué el interés español quedó

<sup>6</sup> Sobre el perfil relacional de los conflictos mediterráneos GÜNTER BRAUCH, H. et al. (eds.), *Security and environment in the Mediterranean: conceptualising security and environmental conflicts*, New York, 2003. Del alcance de los aspectos relativos a la seguridad da cuenta la numerosa publicística del período, tal como se refleja en DUMAS, M. L. (dir.), *Méditerranée occidentale : sécurité et coopération*, Paris, 1992; BEN SALEM, H., « Les nouvelles données politico-stratégiques en Méditerranée », en DUMAS, M. L. (dir.), *Méditerranée occidentale : sécurité et coopération*, Paris 1992, pp. 197-206.; BENNOUNA, M., «Quelle sécurité pour quelle Méditerranée?», en EL MALKI, H. (dir.), *La Méditerranée en question : conflits et interdépendances*, Paris/Casablanca, 1991, pp. 149-167; BONNEFOUS, M., «Vers un nouveau concept de sécu-rité?», Fondation méditerranéenne d'études stratégiques, *La Méditerranée occidentale : un espace à partager. Actes de la table ronde de Bandol*, 8 et 9 février 1991, Toulon, 1991, pp. 104-121. SEHIMI, M., «Les perceptions stratégiques de l'ouest-méditerranéen : une approche maghrébine», en *Fondation méditerranéenne d'études stratégiques, La Méditerranée occiden-tale: un espace à partager. Actes de la table ronde de Bandol*, 8 et 9 février, Toulon, 1991, pp. 11-30; ALIBONI, R., «La sécurité militaire en Méditerranée occidentale : le point de vue européen», en VASCONCELOS, A. (dir.), *Européens et Maghrébins : une solidarité obligée*, Paris, pp. 48-84.

<sup>7</sup> CLAIRET, P., «Union européenne et Méditerranée», en DAGUZAN, J. F. y GIRARDET, R. (dir.), *La Méditerranée, nouveaux défis, nouveaux risques*, Paris, 1995, pp. 81-93.

<sup>8</sup> El alcance y los límites de la mirada geopolítica española contemporánea hacia el sur del Mediterráneo en LÓPEZ MORA, F., «Leer el dualismo mediterráneo desde España», *Space and Time in World politics and international relations*, Moscú, 2007, pp. 52-55.

<sup>9</sup> HUGHET, M., «Descubrir el Mediterráneo: una orientación recurrente en el ideario exterior franquista», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 19 (1997), pp. 89-115. Más detalladamente en ALGORA WEBER, M. D., *Las relaciones hispano-árabes durante el régimen de Franco: la ruptura del aislamiento internacional (1946-1950)*, Madrid, 1995 y REIN, R., *Franco, Israel y los judíos*, Madrid, 1996; FELIÚ MARTÍNEZ, L., «Marruecos en política exterior española de la democracia: percepciones desde la literatura académica», en RAMÍREZ FERNÁNDEZ, A. y LÓPEZ GARCÍA, B. (coords.), *Antropología y antropólogos en Marruecos: homenaje a David M. Hart*, Murcia, 2002, pp. 327-367; GILLESPIE, R., *Spain and the Mediterranean*, Londres, 2000. Una interpretación general en PEREIRA CASTAÑARES, J. C., «Los estudios internacionales en España: la política exterior. Un estado de la cuestión», en PEREIRA CASTAÑARES, J. C. (ed.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, 2003, pp. 55-81; SÁNCHEZ MATEOS, E., «Camino viejo y sendero nuevo: ¿España, hacia una política exterior global?», *Anuario Internacional CIDOB*, Barcelona, 2000, pp. 27-34.

<sup>10</sup> Las iniciativas fundamentales de esta participación española y su contextualización se precisan en NEILA HERNÁNDEZ, J. L., «El perfil Mediterráneo de la política exterior y de seguridad española en el siglo XX», *Ayeres en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy. IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Taller 15, versión electrónica.

restringido tradicionalmente al área occidental y por qué, así mismo, las principales preocupaciones de los gobiernos de Madrid se centraron antaño en los aspectos militar y estratégico de manera preponderante, antes que en los asuntos comerciales, de orden migratorio, culturales o en los convenientemente políticos.<sup>11</sup> El reduccionismo previo español se resolvía precisamente a partir de la integración peninsular en las instituciones europeas, lo que favoreció la utilización de instrumentos diplomáticos que diseñaron una visión más integral y abarcadora del Mediterráneo por parte de Madrid. Y no pocos protagonismos.

Prístina prueba de este renovado interés particularmente español por ofrecerse en las apuestas diplomáticas de calado del contexto Mediterráneo fue, por ejemplo, la celebración de la singular Conferencia de Paz de Madrid en octubre del año 1991, encuentro que marcaría su notabilidad en el proceso de negociación entre palestinos e israelíes por aquellos mismos años. En esa misma línea, se insistió con la iniciativa de diálogo dispuesta entre la OTAN y algunos países del sur del Mediterráneo, que precisamente comenzó con una reunión informal de ministros de asuntos exteriores celebrada asimismo en la ciudad de Sevilla durante el año 1994. Ésta última fue una actuación de alcance, reconocida por el resto de socios europeo comunitarios, además de por los miembros de la organización atlántica, y que fortalecerá el protagonismo español antedicho con el lanzamiento del Proceso de Barcelona de 1995, por el que se creó la Asociación Euromediterránea. A pesar de las inconsistencias y de sus postreras limitaciones, esta iniciativa estructural marcará la ruta del marco de relaciones entre la Unión Europea. Será asimismo al tiempo de una presidencia española de la Unión Europea cuando se renovaría, en el 2002, ese mismo cuadro de relación, ahora en un contexto internacional ya alterado por los efectos de los atentados del 11 de Septiembre y la grave crisis conocida en los territorios palestinos.<sup>12</sup> La ulterior reactivación de la Guerra de Irak y los propios atentados terroristas del 11 de Marzo en Madrid hicieron más urgentes las necesarias colaboraciones entre las dos orillas del mar común. En fin, la emergencia de un renovado proyecto de Unión Mediterránea, ahora de patronazgo

francés durante el año 2007, contribuyó a profundizar en esta «realidad mediterránea» asumida por las instituciones europeas, de nuevo con resultados finales un punto capidismuinidos y contradictorios, dada la coyuntura internacional.<sup>13</sup>

Un contexto muy particular había previamente facilitado el nacimiento de este nuevo marco de relación general entre la Unión Europea y el sur del Mediterráneo. A nivel internacional por un lado, empezaron a hacerse evidentes las consecuencias del fenómeno de la Globalización, de la que los procesos de regionalización, y entre ellos también el dialogo euro mediterráneo representaría una respuesta política más. Por otro lado, aumentaba precisamente por aquellos años la notoriedad de la tesis sobre el «Choque de Civilizaciones». Representación en la que el Mediterráneo constituiría -se decía- también posible escenario de confrontación o, al menos, de desencuentros previsibles. Simultáneamente, la ampliación de la Unión Europea hacia nuevos Estados miembros procedentes de la Europa del Este puso de relieve con mayor desabrimiento las limitaciones del modelo de asociación con los países del Mediterráneo sur, dejando ciertamente en evidencia que Europa, en su conjunto, adolecía de nuevas visiones políticas de recorrido en sus relaciones con ese espacio y, muy especialmente, con el Magreb.<sup>14</sup> El nuevo modelo de diplomacias con la periferia europea fue diseñado por la Comisión Europea y se avanzó en el año 2003 con la publicación de «La Europa ampliada – Vecindad: un nuevo marco de relaciones con nuestros vecinos del Este y del Sur». En ese documento se partía de una constatación incuestionable, pero de la que habitualmente no se sacan todas las consecuencias pertinentes: allí mismo se afirmaba que la capacidad de la Unión Europea para proporcionar seguridad, estabilidad y desarrollo sostenible a sus ciudadanos ya no podría distinguirse de su interés en fortalecer estrechas cooperaciones con sus contiguos. Desde estas nuevas perspectivas se comprende, en fin, que las nuevas políticas hacia el Mediterráneo se orienten a la promoción de iniciativas multilaterales que garanticen primero la paz y la estabilidad en la zona y promuevan, a largo plazo, el desarrollo económico y la deseable

<sup>11</sup> Ni siquiera la acción exterior mediterránea durante los iniciales años de la transición democrática alcanzó carácter abarcador y solamente se buscó instaurar cierto equilibrio político y diplomático en el Magreb, de nuevo a través de las relaciones bilaterales. Especialmente nos referimos a las acciones que pivotaron con el Reino de Marruecos y la República Argelina Democrática y Popular. De manera que la acción exterior mediterránea durante los primeros años de la transición democrática sólo buscó instaurar cierto equilibrio político y diplomático en el Magreb, que ciertamente beneficiase a los intereses económicos españoles, sin arriesgar la bipolaridad impuesta por los bloques y las superpotencias al tiempo de la Guerra Fría.

<sup>12</sup> Cfr. VILLALBA FERNÁNDEZ, A., «Terrorismo en el sur y este del Mediterráneo: el impacto del 11 de septiembre», en AMOR HUIDOBRO, J. M. (coord.) et al., *El MEDITERRÁNEO: proceso de Barcelona y su entorno después del 11 de septiembre*, Madrid, 2003, pp. 145-173.

<sup>13</sup> Más referencias en BARBE IZUEL, M. E., «La Unión por el Mediterráneo: de la europeización de la política exterior a la descomunitarización de la política mediterránea», *Revista de Derecho Comunitario Europeo*, 32 (2009), pp. 9-46; KHADER, B., *Europa por el Mediterráneo*, Barcelona, 2009.

<sup>14</sup> BARBÉ IZUEL, E., *La Unión Europea más allá de sus fronteras: ¿hacia la transformación del Mediterráneo y Europa Oriental?*, Madrid, 2010; BEURDELEY, L. y ROSSE, B. de la. y MARON, F. (dirs.), *L'Union européenne et ses espaces de proximité. Entre stratégie inclusive et partenariats rénovés: quel avenir pour le nouveau voisinage de l'Union?*, Bruselas, 2007; AMIRAH FERNÁNDEZ, H y YOUNGS, R. (eds), «La asociación Euromediterránea una década después», *Real Instituto Elcano FRIDE*, 2005; MORALES LEZCANO, V., *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid, 1989

democratización política de los países ribereños en su conjunto.<sup>15</sup> De manera paradójica, se ha llegado a afirmar que los limitados avances obrantes de las dinámicas diplomáticas ante citadas se deben, en buena medida, al carácter justamente convulso y conflictivo de la región, tal como ejemplifican las frustradas «Primaveras árabes» y los recientes trances sirio o libio que dinamitan, junto a otros ejemplos, cualquier posibilidad de entendimiento y colaboración regional en un contexto de paz y entendimiento.

#### 4. DINÁMICAS CLÁSICAS CONFLICTIVAS Y NUEVOS RIESGOS Y AMENAZAS

Lo cierto es que el Mediterráneo persiste en su conflictividad anclándose en viejos litigios del pasado aún no resueltos. De suyo, la permanencia de diferentes conflictos territoriales tradicionales constituye el primer factor de inestabilidad, lo que hipoteca la perspectiva de construir una región con seguridades políticas más compartidas. Por ejemplo, los conflictos palestino-israelí, el relativo a los territorios del Sáhara Occidental e incluso el turco-chipriota- cavan profundas divisiones y componen impedimentos al mejor desarrollo de las iniciativas diplomáticas más vinculadas. Particularmente el conflicto palestino-israelí divide muy profundamente a los propios países de la cuenca sur, a ellos mismos, porque algunos eligieron la vía del reconocimiento y la negociación -Jordania y Egipto fundamentalmente-, incluso la posibilidad de alianzas y mayor cooperación -pensemos en Turquía en determinadas circunstancias-, mientras que otros estados árabes permanecieron sobre posiciones de no reconocimiento -Libia, Argelia, Siria-. El conflicto del Sáhara Occidental también contribuye a la fragmentación política del espacio mediterráneo en la medida en que se orienta, hoy mismo, como elemento de bloqueo en el proceso de mejor concordancia del Magreb árabe, donde se pretendió reunir otrora mayores cooperaciones entre el reino de Marruecos, Argelia y Túnez.

En fin, la más reciente crisis de los refugiados y el impacto del terrorismo de orientación neosalafista conforman dos nuevos apremios que mantienen dislocado al conjunto de países mediterráneos. En la práctica diplomática, tales acontecimientos han venido provocando verdaderas sacudidas institucionales y políticas. Incluso han

puesto en cuestión la arquitectura institucional europea y la de su propia acción diplomática mediterránea, comenzando por la errática Política de Vecindad de la Unión, ya herida de gravedad como consecuencia de la crisis en Ucrania y finalmente exánime en la frontera sur, precisamente a partir de la crisis de refugiados y derivación de la ineficacia de las gestiones para solventar los conflictos sirio y libio. Esta situación está provocando que uno de los principales pilares sobre los que se ha sostenido la Unión, el Espacio de Seguridad, Libertad y Justicia, el conocido como Espacio Schengen, se encuentre «de facto» en revisión. También nos encontramos ante el debilitamiento del Sistema de Dublín que se ha demostrado absolutamente ineficaz en la reciente crisis de los refugiados.<sup>16</sup> El impacto de las dinámicas migratorias más recientes se ha convertido en un drama que traspasa fronteras e interpela la conciencia de la entera comunidad internacional. Por lo que respecta a la Unión Europea las respuestas dispuestas en ocasiones confirman lo menos atractivo de su propia dinámica institucional: cierta incapacidad congénita hacia la acción colectiva y hacia la mejor coordinación política.

El riesgo más reconocido en el específico campo de la seguridad ha sido el terrorismo neosalafista de la yihad global, especialmente a partir de sus ramificaciones y reinveniones más recientes y a los impactos conocidos de sus acciones precedentes del Sahel, el Mediterráneo central y el más oriental.<sup>17</sup> Claro está que no se trata de un peligro que afecte de manera exclusiva al Mediterráneo. Todavía la mayor parte de acciones violentas y de tentativas radicales tienen lugar en diversos espacios del mundo islámico. Pero no deja de ser menos cierto que en torno al Mediterráneo el fenómeno del terrorismo islamista radical ha conocido presencias inquietantes. En este sentido, la incertidumbre sobre el enemigo o la propia indefinición de las amenazas se han presentado como características fundamentales de los conflictos imantados por esta violencia política de nuevo cuño, lo que ha determinado cierta basculación de la mirada europea hacia ópticas más centradas en el campo de la seguridad, en detrimento de otros campos de colaboración y desarrollo. Por ejemplo, el agrupamiento de grupos terroristas magrebíes bajo el manto de 'Al-Qaeda en el Magreb islámico'-AQMI-, acrecentó las amenazas contra objetivos europeo mediterráneos y especialmente contra España como denota, por ejemplo, la reutilización recurrente

<sup>15</sup> La Unión Europea, por lo demás, continúa siendo polifónica en sus miradas mediterráneas. Existen, digamos, dos posturas. Los países del centro-norte del continente, aún afirmando que pueden participar de cierta sensibilidad general ante lo referido a los países ribereños de la cuenca sur, han percibido esas problemáticas de manera subsidiaria y ese mismo contexto geopolítico del sur no ha sido históricamente, hasta fechas más recientes, prioritario. Para los países mediterráneos de Europa occidental, sin embargo, las miradas son nos ofrecen mucho más atentas. A nadie se le escapa, por otra parte, que si esta diferenciación de actitudes es perceptible entre los países europeos, en el Mediterráneo sur las segmentaciones son aún mayores. El mejor ejemplo lo revelan la cifras relativas a los intercambios comerciales entre estos países del Mediterráneo sur. No deja de sorprender que la inmensa mayoría de países de la Unión Europea sumen más relación comercial, particularmente, que la conocida entre los propios países del Magreb por ejemplo. Tratamos, por tanto, cuando nos referimos a la cuenca sur, de territorios más desestructurados, con frecuentes enfrentamientos a nivel político y plenos de rivalidades.

<sup>16</sup> El reglamento de Dublín tiene por objeto determinar cuál es el Estado miembro de la UE responsable de decidir si da o no asilo a un refugiado.

<sup>17</sup> DILAMI, A., «Intégrisme et sécurité, nouvelle donne stratégique Méditerranée», en *Defense nationale : problèmes politiques, économiques, scientifiques, militaires*, (Paris, oct. 2015), pp. 159-165

del supuesto irredentismo musulmán capitalizado en las plazas de Ceuta y Melilla.<sup>18</sup> Por lo demás, la simplicidad aparente y maniquea de la visión del mundo propuesta por el yihadismo siempre ha encontrado en las referencias historicista de la recuperación de *Al-Andalus* nuevo pretexto vindicativo a nivel ideológico. Su relato peralta el imaginario, en parte sublimado, de una «Edad de Oro» del Islam en propio suelo europeo llegando a proponer implícitamente la vuelta a las prácticas políticas y religiosas de un califato fundado sobre una interpretación rigorista y dictada del Corán. El neosalafismo radical se nos ofrece también como un vehículo de interpretación victimista de la Historia, dolorosamente sentido como injusticia, en el marco de una «civilización musulmana» marginada por invasiones diversas del Occidente cristiano desde el tiempo de las cruzadas a nuestros días.<sup>19</sup>

## 5. LA PROYECCIÓN DEL RIESGO MEDITERRÁNEO Y DE SU VECINDAD: INESTABILIDAD DEL SAHEL

Con todo, recientemente se ha hecho evidente que los desafíos del yihadismo global más amenazador relacionado con la zona del Mediterráneo deben localizarse en la banda del Sahel. Teniendo en cuenta su interdependencia con África del Norte, el Sahel representa la prolongación de la frontera geopolítica de la propia Unión Europea: un territorio por tanto significativo no solamente por su propia singularidad, sino asimismo por sus posibles consecuencias para la seguridad y la estabildades de la zona mediterránea. La conocida vulnerabilidad de los estados de la región saheliana, además de su propia debilidad frente a posibles rebeliones secesionistas, tráfico, flujos de migración no controlada y actos de violencia yihadistas representan peligros para el propio espacio regional, pero también para el espacio mediterráneo en su conjunto. De hecho el Sahel se ha convertido así en la zona de retaguardia, adiestramiento y acción operativa de AQMI y sus intimidaciones desbordan aquellas porosas fronteras nacionales. La debilidad de los estados sahelianos, recuérdese, había favorecido la infiltración de grupos armados yihadistas del tipo de Boko Haram, DAESH, AQMI,

MUJAO, Al Mourabitoun o Ansar Dine. Apoyándose en las contradicciones de los propios estados y en las rivalidades étnicas de la zona los grupos terroristas consiguieron implantarse e influir sobre todo en las poblaciones más jóvenes. En este contexto, Mali y más concretamente el norte del país se convirtió en el núcleo central de la inestabilidad, siendo el lugar donde se concentraron el mayor número de acciones internacionales. El más reciente jalón en la conceptualización regional del Sahel obedece a claves ciertamente geopolíticas de la mayor sensibilidad hacia Europa Occidental, siempre relacionadas estas últimas con la emergencia de sus conflictos regionales y de las amenazas yihadistas. Nos referimos en especial a los sucesos de Malí desarrollados desde el año 2012, peraltándose asimismo su posterior amplificación al relacionarse los conflictos irredentistas con las derivas del terrorismo de porte neosalafista radical. Paulatinamente el Sahel ha venido ocupando al mismo tiempo un papel protagonista en sinnúmero de tráfico ilícitos y en la gestión de los flujos migratorios africanos de tipo irregular, componiendo una zona trascendental, además, a efectos de la propia seguridad energética del viejo continente.

Estas percepciones de alarma activaron por su parte más protagonismo de la Unión Europea en la zona. Aunque no siempre el espacio del Sahel ha sido atendido con prioridad por Bruselas, pronto diplomáticos españoles, franceses, británicos y daneses comenzaron a solicitar una verdadera acción a la altura de los desafíos. Aquí la Unión Europea ya adoptó durante el año 2011 unas políticas regionales y globales asociando seguridad y desarrollo. El primer éxito relativo de tal estrategia tal vez fuese su propia afirmación: resultó ser la primera vez que la Unión Europea se dotó de una estrategia real a escala regional en el exterior. Su implantación no dejó de resultar difícil, pero sus propias enseñanzas y la reformulación de la estrategia europea desde el año 2015 podrían resultar útiles para dibujar la elaboración de la Estrategia Global definidora de la acción exterior de la Unión Europea. Dicha estrategia pretendió evocar y superar las iniciativas norteamericanas en la región en el cuadro del «Partenariado Transsaheriano para la lucha contra el

<sup>18</sup> La organización *Al Qaeda en el Magreb Islámico* procede de la insurgencia islamista que atentó contra Argelia durante los años noventa del siglo XX. Su antecedente directo fue el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate, que a su vez fue creado en 1998 por Hasan Hattab. En puridad, AQMI se constituyó durante el año 2007 cuando el GSPC argelino juró obediencia a Bin Laden y comenzó a operar con dicha denominación. Más referencias de sus consecuencias para España en ESCOBAR STEMMANN, J. J., «Al Qaeda en el Magreb Islámico: del Sahel a España». *Política Exterior*, 134 (2010), pp. 79-92 y en ALVARADO, D., *La Yihad a nuestras puertas. La amenaza de Al Qaeda en el Magreb Islámico*, Madrid, 2010.

<sup>19</sup> El terrorismo islamista más extremo dibuja su inspiración ideológica en el neosalafismo más exaltado. Basado en el rechazo frontal de las innovaciones sociales y políticas del mundo musulmán contemporáneo, esta corriente de pensamiento es hostil por naturaleza misma al sistema democrático. Su referencia mayor se define, por vía de rechazo, al presente político contrastándolo con el recuerdo de un pasado mítico de un islam originario y supuestamente más auténtico. Y desde este punto de vista ontológico, rechaza el papel ocupado por el Islam en el mundo actual. En una suerte de *revival* histórico, propone la vuelta a las prácticas del Califato inicial basadas en una interpretación rigorista del Corán. Desde esa perspectiva, el neosalafismo radical aparece también como vehículo de una interpretación negativa de la Historia, vivida como injusticia y como reflejo de la decadencia de una civilización. LÓPEZ MORA, F., «Sobre conflictos, seguridad y mundo actual», *Ensayos sobre la cultura de defensa y la paz en la España actual*. Madrid, 2011, p. 197. Nótese que desde este unilateral punto de vista el terrorismo islamista apuesta -ellos sí- por una «Guerra de Civilizaciones», en la que la yihad constituiría su instrumento más eficaz y resolutivo. Ese sería el mensaje ideológico simplista y delimitado que forma el cemento básico de tales acciones terroristas. Se entiende que a partir de este imaginario referencial el periodo mitificado de Al-Andalus y el peso histórico de la península ibérica venga siendo reutilizado por muchos jefes e ideólogos representativos del islamismo más radical, incluyendo entre estos al propio Ben Laden y, sobre todo más recientemente, a Aymán al Zawahiri, miembro muy destacado en la dirección de la estrategia global del yihadismo y que ya cuenta con numerosas referencias vindicativas del territorio de Al-Andalus en su haber discursivo.

terrorismo», principal programa americano en la región. Con todo, ni siquiera los compromisos de paz de Mali firmados a mediados del 2015 facilitaron el comienzo de un proceso político fiable hacia la paz. En este contorno, la comunidad internacional sigue sosteniendo ciertos acuerdos a través de la operación MINUSMA de Naciones Unidas y de las misiones de la Unión Europea EUTM Mali y EUCAP Sahel Mali, así como de la propia operación Barkhane de responsabilidad francesa.

Debemos esperar al año 2015 para que la intervención comunitaria adquiera mayor perfeccionamiento y un alcance ya resueltamente regional. Durante ese año el Consejo de la Unión Europea adoptó precisamente el denominado «Plan de acción regional», fijando el marco general para la aplicación de la estrategia de la Unión Europea para la seguridad y el desarrollo en el Sahel, adoptada y revisada, respectivamente, en sus Conclusiones del 21 de marzo de 2011 y 17 de marzo de 2014. Esta iniciativa reafirmó el compromiso europeo en el territorio y diseñó su apoyo al desarrollo político y socioeconómico sostenible e integrador, el fortalecimiento de los derechos humanos, la gobernanza democrática y el Estado de Derecho, así como la generalización de las políticas de resiliencia, como respuesta a las crisis tan recurrentes en la zona. De manera particular las políticas diseñadas desde Bruselas otorgaron en adelante mayor atención a los problemas de seguridad. La renovada lucha contra el terrorismo, frente a los tráfico ilícitos, y el freno a la radicalización y el extremismo violento se situaron como principales objetivos. En el contexto de su planteamiento global, la UE reiteró su compromiso de apoyar iniciativas regionales y aún nacionales en el marco del nuevo Plan de acción, utilizando por otra parte todos sus instrumentos de gestión y en particular los programas indicativos regionales y nacionales al amparo del Fondo Europeo de Desarrollo, así como los programas de los Estados miembros, e incluyendo también las misiones PCSD EUTM Mali, EUCAP Sahel Níger y EUCAP Sahel Mali, y el Instrumento en pro de la estabilidad y la paz. Además, la UE subrayó la importancia de fomentar sinergias

geopolíticas más estrechas entre los países de la región y los países vecinos al Sahel. Se apuesta en este sentido por los procesos políticos de Rabat y de Jartum sobre migración y desarrollo. En fin, signo de los tiempos, la atención y disposición de los acuerdos internacionales se marcó en la oferta de coordinación nuevamente ofrecida a las principales organizaciones regionales e internacionales, y en especial a Naciones Unidas, Unión Africana, Comunidad Económica de los Estados del África Occidental, G5 Sahel, Comisión de la Cuenca del Lago Chad y Banco Mundial, así como con la sociedad civil.

## CONCLUSIÓN

A pesar de las numerosas dinámicas conflictivas desarrolladas a escala histórica en la vieja región mediterránea este mismo espacio ha venido ofreciendo fórmulas e instrumentos de colaboración y partenariado de calado. Las interdependencias, de hecho, han venido construyendo modalidades más o menos eficientes en el marco de la ayuda al desarrollo y aún en la dinámica de resolución de conflictos. Esa tradición diplomática, comercial y de encuentro facilitó, a las veces, la identificación de intereses comunes y la propia construcción de un importante músculo institucional que esta aportación ha recordado en sus grandes jalones. Sería necesario, con todo, para hacer más creíbles las políticas de colaboración regional, que se marcaran, especialmente por la Unión Europea, nuevas estrategias más ambiciosas y renovadas. Todo en orden a colocar la relación euromediterránea en el escalón de prioridad que merecen los nuevos desafíos contemporáneos. El Mediterráneo no está condenado irremediabilmente a dibujarse como espacio conflictivo de colisiones. Precisamente las numerosas iniciativas del pasado marcan la posibilidad de considerar el conjunto territorial que se extiende a lo largo y ancho de la cuenca mediterránea como un sistema regional de colaboración a construir y no exclusivamente de seguridad. Si alguna recomendación se impone, esta se refiere al propio interés que Europa posee en mantener liderazgos en la región y en remontar las dificultades.